

ana a. goutman*

el lenguaje como factor de desarrollo mental

Como se señala en la introducción al curso, la responsabilidad por la salud-enfermedad ya no es tarea sólo del "mundo" médico ya que su especificidad radica en la propia "nariz" de la historia.

Así visto, nuevas relaciones dan lugar a otras maneras de entender y tratar la vida, desligada de las fatalidades de una sociedad ignorante de las posibilidades de cambios profundos.

También las Ciencias de la Comunicación tienen tarea para los especialistas, con sólo hacer eco de las transformaciones en la relación pedagógica médico-enfermo, de los fracasos de la planificación para la salud de la comunidad, tanto en la medicina preventiva como en la hospitalaria. Allí donde el diálogo y la comunicación debieron existir, las ciencias señalaron la aparición del sujeto hablando de sí mismo en el conocimiento clínico, que siempre estuvo cegado por el uso indiscriminado de los fármacos.

Para que podamos estudiar al lenguaje como factor de desarrollo mental, vamos a observar cualitativa y cuantitativamente lo que platicamos a diario sobre aquello que sentimos, padecemos y de algo que oscuramente vislumbramos: nuestro deseo. Dispuestos así, en la actitud más ingenua o desprevenida, advertimos que salvo en condiciones especiales, no tenemos clara conciencia de nuestra identidad en esta materia. ¿Será que la capacidad de interrogarnos sustenta a la reflexión o simplemente no hay reflexión?

Si pudiéramos expresar lo que nos sucede, en nuestra lengua más conocida, es probable que en ese medio-lenguaje, logremos desarro-

* Investigadora de tiempo completo del Centro de Estudios de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

llar lo que aún no hemos pensado solitariamente de nosotros y los demás. Pero si para hablar de nosotros, antes no reconocemos cuánto y cómo estamos manipulados por nuestra historia personal y por el lugar en el cual nos hemos criado, mal saldremos de la confusión y ese medio-lenguaje habrá servido para terminar con nuestro desarrollo. Digamos que hasta nuevo aviso.

Pero por otra parte, avizoramos el esfuerzo titánico que se ha realizado a lo largo de la historia para converger en el lenguaje como factor de desarrollo mental. Desde aquellos comienzos, que las ciencias antropológicas investigan con variados métodos, hasta el hecho cotidiano del aprendizaje del niño que está a nuestro lado y es objeto de nuestra observación, presenciáramos ejercicios de selección, memoria y abstracción geniales, si nos detuviésemos con mayor atención ante tan cotidiana experiencia.

En síntesis, de nuestra historia personal al latido diacrónico del lenguaje, sin olvidar las características propias de los individuos que padecen lesiones cerebrales, el tema que vamos a tratar está presente de manera alucinante. Si expresamos lo que pensamos, o si por el contrario no podemos expresarlo porque nos sentimos invadidos por la confusión, la vaguedad o el sinsentido, el lenguaje es un factor de desarrollo mental o un síntoma activo de nuestra perturbación y del congelamiento de nuestro desarrollo.

Por estas razones son varias las vías que se ofrecen al pensamiento para desarrollar este tema del lenguaje como factor de desarrollo mental. Unas son las que discurren por las experiencias psicológicas realizadas por especialistas en el orden del estímulo-respuesta, y de la observación: ya de la experiencia de laboratorio, como de la experiencia llevada en el terreno menos neutral de un colegio o establecimiento para niños.

Otras vías pueden ser atribuidas a las fuentes filosóficas que atribuyen a la conciencia, al conocimiento, a las propiedades del ego, el origen del ser hombre, del lenguaje, de la cultura.

Las reflexiones que impulsan los estudios freudianos y post freudianos están muy próximas a articular las experiencias de laboratorio con una teoría del sujeto para nuestros días.

Partiendo de los estudios histórico-filosóficos, la orientación a la historia social sustenta un análisis de la historia de las ideas donde el modo de surgimiento del sujeto es evidente en un cambio de visión del desarrollo histórico. A estas varias versiones del mismo problema, le podemos aproximar un orden que parta de nuestra preocupación más verdadera.

El punto de arranque del lenguaje es, sin duda, posterior al del desarrollo mental, porque en las etapas primeras de formación del niño hay una particularidad que tiene asiento en su sistema ner-

vioso destinado a proveer una respuesta inteligente, y sin conocimiento del lenguaje.

Entonces las experiencias de laboratorio cuentan con este haber, para entender —desde su observación más cuidadosa— el momento de ingreso del niño a la sociedad que le presenta su familia. Algunos interrogantes atractivos llevados por el interés del especialista nos han dado una múltiple información de estos pasos. El libro de Luria: **Lenguaje y comportamiento**¹ es un análisis del desarrollo del papel regulador del sistema verbal en la ontogénesis y también un análisis de este mismo papel en determinadas condiciones patológicas del cerebro. Pero lo que rescatamos para este tema es que el lenguaje juega un rol fundamental en la formación de los procesos mentales.

Luria distingue en el lenguaje una versión exterior y otra interior. El lenguaje externo permanece en la memoria y sirve para pensar deseos e intenciones de modo independiente; en el lenguaje interior, Luria señala la formación de una actividad deliberada que convoca a formas superiores del desarrollo. Ya Pavlov había afirmado muchos años antes, que el lenguaje introducía un principio nuevo en la actividad nerviosa, el de abstraer y generalizar señales del mundo exterior. Por esto el lenguaje en la actividad del niño, no es casual. Al principio acompaña la actividad, es una pareja creación o descubrimiento, posteriormente, el niño hace lo que sabe decir, es decir que el lenguaje precede la actividad misma. Luria llama a esta distinción el paso del lenguaje de acompañamiento a un lenguaje de programación. Es este último el que da las señales de un lenguaje interior.

Jean Piaget, biólogo de profesión, estudió desde joven la adaptación y la variación de los moluscos según la altura a que pueden llegar. Como psicólogo reúne, anota, cataloga, con el objeto de ver claramente en los materiales “escucharlos hablar”. Por esto su método de observación, llamado método clínico, consiste en dejar hablar a los niños y anotar el modo como éstos desarrollan su conversación y su pensamiento. La novedad en el método de Piaget está precisamente en registrar la respuesta de cada niño, que conversa libremente. Por el método clínico, Piaget analiza, hasta sus últimas consecuencias cada afirmación del niño, pero luego las clasifica, las ordena.

En “el lenguaje y el pensamiento del niño”,² libro escrito en 1923, y reelaborado en 1930, Piaget presenta sus trabajos acerca de la fun-

¹ A.R. Luria, **Lenguaje y Comportamiento**. Madrid, Editorial Fundamentos, 1980.

² Jean Piaget, **Le langage et la pensée chez l'enfant**, Delachaux et Niestlé, Neuchatel/Suisse, Octava Edición, 1970.

Jean Claude Brinquier, **Conversaciones con Piaget**. Barcelona, Gedisa, 1977.

ción del lenguaje en dos niños de seis años, e introduce en la última edición citada, un capítulo sobre el lenguaje egocéntrico, donde compara el lenguaje del niño con el del adulto y el lenguaje entre compañeros de su edad.

El problema que Piaget trata de resolver desde el primer capítulo es el siguiente: ¿cuáles son las necesidades que el niño trata de satisfacer cuando habla? El psicólogo considera que no se trata de un problema lingüístico ni un problema ideológico, sino meramente funcional, de psicología infantil. Por esta vía, va a tratar todo su estudio sobre la lógica del niño. Claro está que detiene de un solo trazo las declaraciones acerca de la comunicación y el lenguaje como medio, porque según afirma, el desarrollo es más complicado.

En el lenguaje de los adultos se dan varias categorías de comunicación para las diferentes modalidades del pensar. Piaget afirma que si se conociera aproximadamente en cada individuo la relación de dos categorías de comunicación: la constatación y la expresión de sentimientos, se poseería una interesante matriz psicológica.

Pero, ¿acaso el lenguaje en el adulto, sirve siempre para comunicar el pensamiento? pregunta Piaget. Sin hablar del lenguaje interior, un gran número de gentes del pueblo o de intelectuales distraídos, tienen el hábito de hablar solos, de monologar en alta voz. Puede ser que se encuentre allí una preparación al lenguaje social, o simplemente el niño o el adulto reproducen para sí lo que hacen en relación con los demás. Pero Piaget considera que cualquiera sea la respuesta, lo cierto es que ese monólogo produce una excitación y un placer, que distraen de la necesidad de comunicar el pensamiento.

Piaget no intenta reiterar la discusión sobre la relación del lenguaje y el pensamiento, pero agrega a las consideraciones anteriores que el "verbalismo" sería una manera consciente de entorpecer la comunicación. De donde es factible inferir que no es posible limitar las funciones del lenguaje a la comunicación del pensamiento. (Pp. 13-14, de la edición citada)

El trabajo que realiza Piaget, como ya indiqué es la observación sobre el lenguaje de dos niños de seis años que están junto a sus compañeros en la Maison des Petits del Institut J.J. Rousseau. En la clase donde están los niños elegidos, todos dibujan, modelan, hacen juegos de cálculo y lectura, todo lo que hacen es libre. Es decir que ellos deciden cuándo emprenden una actividad y cuándo la abandonan, cuándo están solos y cuándo en compañía de otros niños. La intervención de los adultos solamente se produce si ellos la piden.

Reunidos los materiales de observación, el segundo paso es enumerar todas las frases, y luego clasificarlas en categorías elementales, para luego estudiar la clasificación.

Piaget utiliza a lo largo de su estudio los trabajos de los psicoanalistas, para concluir de manera general que:

1. El niño está obligado a hablar mientras actúa, aun cuando está solo, acompaña sus movimientos con gritos o palabras. Los silencios se dan en los momentos en que aparecen todos reunidos, pero, afirma Piaget, ¡cuántos soliloquios que no se dirigen a nadie habrá en esos momentos!

2. El niño puede invertir el orden y servirse de palabras para producir lo que la acción no podría realizar. A esta posibilidad está bien ligada la fabulación, o el lenguaje mágico, el que crea realidades. Concluye Piaget que en estos ejemplos la palabra es ajena a su función social, es decir a comunicar pensamientos, sirve para acompañar, reforzar o suplantar la acción.

¿Por qué habla entonces el niño? El niño habla para él mismo y antes de tener por función socializar, la palabra refuerza la actividad individual, en el niño el pensamiento es egocéntrico e incapaz de intimidad. (Pp. 37-38-39, de la edición citada).

El itinerario que realiza el niño parte de la inteligencia sensorial, afirman Piaget y sus colaboradores, esta inteligencia es anterior al lenguaje; luego la función semiótica, el lenguaje, el juego simbólico, la imagen mental propician la representación del pensamiento preoperatorio. A los siete años, comienzan las operaciones concretas, las que se aplican a los objetos, más tarde aparecen las operaciones formales, que no remiten directamente a objetos.

Por distintas vías o métodos, los dos testimonios que ofrecemos concluyen en la función reforzadora del lenguaje en la edad primera y en la colaboración que ofrece para la constitución del yo en el individuo adulto. Sin descuidar, por supuesto, que esa relación estrecha con el desarrollo mental está ligada sin duda a las distintas funciones que cumple el lenguaje para cada uno de nosotros.

Con una anécdota pasaremos al siguiente punto de nuestra exposición, en el que nos interesa ver lo que el conocimiento clínico tiene de verdadero, luego de haber recorrido los modos de la negación que retrata un “cierto Esculapio”³ quien todas las mañanas atiende cincuenta o sesenta enfermos, a quienes escucha sus quejas, luego los alinea en cuatro filas y ordena para la primera una sangradura, a la segunda un purgante, a la tercera un clíster, a la cuarta un cambio de aire. No hay percepción médica, no hay mirada del enfermo para el médico, ni el procedimiento inverso.

Hipócrates se abocó a la observación y desechó el uso de la teoría o la reflexión previas, porque los pasos que señalan una buena observación permiten el conocimiento del sujeto y su padecimiento. “Los sistemas hablan —decía Hipócrates— y no dejan escuchar al

³ Michel Foucault, *El nacimiento de la clínica*. Siglo XXI, 3a. Edición, p. 33.

enfermo". Esta manera de ver produce la mirada clínica, según M. Foucault. Pero investigador y observador no son más que dos términos de un mismo experimentar. Mientras el observador puede reproducir el origen de lo observado, el investigador interroga e impone con su interrogante, luego de haberse informado.

Esta variante fundamental en el uso de la relación médico-enfermo, es la que abre una manera de consideración política histórica apta para nuevos usos. La descripción para el conocimiento clínico es el paso primero, es el ver y saber —dirán los especialistas—, es el aprender a ver para saber; allí aparece el lenguaje, para expresar lo que se ve. Este rompecabezas que parece armarse en la lógica, señala la inevitable alianza entre cada paso del método clínico, que va a desenmascarar lo "oculto". Descripción que no tiene más objeto que el sujeto presente, aspira a agotarse en esa dimensión y su propósito resulta afín al de lingüistas que señalaron una crítica a la eterna duplicación conceptual que utiliza F. De Saussure como una característica de su sistema.

Dice Jean Claude Milner⁴ que ya es tiempo de abandonar los cuadros del pensamiento kantiano tendientes a conocer la realidad física, la realidad de los sentidos, y a dejar para otras metodologías la observación de lo esencial, lo nóumenal, en definitiva lo que está "más allá" de lo observado. Esta preocupación del conocimiento clínico ilustra la manera de conocer qué es afín a la indagación en las ciencias sociales. Por esto los trabajos de M. Foucault⁵ esgrimen un esclarecimiento de la historia de las ideas donde todo lo que tiene que ver con el desarrollo del hombre se encuentra articulado al resto.

Pero como no existe actividad humana que no comporte el empleo del lenguaje y también el lenguaje preexiste a la entrada de cada sujeto en un momento de su desarrollo mental, habrá que buscar alguna manera de entender el lenguaje y cómo el lenguaje del sujeto aparece en el discurso ya organizado, ya conformado, ya integrado.

¿Qué sabemos del lenguaje? Que sirve para algo, que tiene una función, que se puede clasificar a primera vista entre su modo natural y también artificial, de darse lo que marca una primera observación (apadrinada por los neopositivistas).

Pero si el lenguaje sirve para algo, detectar la función que ejerce reemplaza al estudio de su modo de estructurarse. Función y estructura, sin ser antagónicas, han determinado investigaciones de orientación disímil.

⁴ Jean-Claude Milner, *El amor por la lengua*. México, Ed. Nueva Imagen, 1980.

⁵ Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*. Siglo XXI, 3a. ed., 1978. Raymond Roussel, Siglo XXI, 1978. *La arqueología del saber*, Siglo XXI, 3a. ed. 1978. *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, 1978. *Historia de la sexualidad*, La voluntad de saber, 3a. edición, 1978.

La función del lenguaje aparece más nítida o más evidente en el uso comunicativo, uso propio al pensamiento para expresarse en un lenguaje que debe tener con aquél una relación casi lineal: “Pienso y me expreso en una idea, comunico mi representación”. Pero esta casi determinación física entre uno y otro terreno ha provocado polémicas muy interesantes a propósito de varios temas afines.

El origen de estas polémicas reside en el hecho que el uso del lenguaje demuestra que esa estrecha relación se pierde, y entonces un lenguaje, más que medio de comunicación, es una expresión del espíritu para el cual la sociedad resulta ser una advenediza. Esta posición definida por G. von Humboldt tuvo muchos continuadores.

De estas reflexiones vamos a reparar en dos vocablos que también están en uso cuando se trata de lingüística, tales son la lengua y el habla, que se representan tradicionalmente como si fueran la partitura y la ejecución musicales respectivamente. Distinción que fue esencial en tiempo de F. de Saussure y cuya validez continúa, aunque en diferentes contextos.

Lengua y habla, significado y significante, idea e imagen acústica, parejas permanentes en las que la cadena de significación alerta para nuevas maneras de entender.

En la relación médico-enfermo, como maestro-alumno, padre-hijo, juegan corrientes de significación cambiantes para símiles imágenes acústicas, o significantes o materiales sincrónicos como llama Lacan⁶ a lo actual del lenguaje. Lo sincrónico del lenguaje atravesado por la significación que es el material diacrónico, que fluye.

Pero no se trata de recuperar contenidos en cada significado, sino de entender u organizar un encadenamiento de temas, donde el análisis se fija en la función, en cada segmento funcional. Entonces el eje del funcionamiento lingüístico vuelve a rescatarse en otro nivel de elaboración: la diferencia. Nunca estuvo más clara la noción de conocimiento que en la proposición que la lingüística enuncia: es posible el lenguaje porque estamos en el reino de la diferencia, por esto es factible lo idéntico, sólo en el terreno de lo diferente.

Así, a significantes idénticos les corresponde otra manera de significar, sólo por la gracia de encontrar una significación diferente en el cuadro de las ya acuñadas. Diferencia y oposición sirven para describir la cadena hablada, y la significante.

Lacan, ya citado, dice que la estructura del lenguaje se descubre en la experiencia psicoanalítica sobre el inconsciente. Claro que allí está la fuente de otro difícil tema para estudiar, la naturaleza del inconsciente, sin confundir inconsciente con innato, que sería nuestra primera intención.

Pero antes de seguir esta nueva pista queremos reiterar lo que di-

⁶ Jacques Lacan, *Escritos*, Siglo XXI, 5a. edición en español, 1977.

ce el autor en la página 157 de la edición ya mencionada, acerca de la red del significante, estructura sincrónica del material del lenguaje, en cuanto que cada elemento toma en ella su empleo exacto por ser diferente de los otros . . .

La segunda red, la del significado, es el conjunto diacrónico de los discursos pronunciados y reacciona históricamente sobre el primero, mientras la estructura de éste gobierna al segundo. Pero lo que nos interesa transcribir es: lo que domina es la unidad de significación, la cual muestra no resolverse nunca en una pura indicación de lo real, sino remitirse siempre a otra significación. Donde Lacan sugiere una manera de ver la dialéctica.

El lenguaje, de acuerdo a lo que terminamos de exponer, tiene su residencia en el inconsciente o como lo define la tesis freudiana: el hecho de que haya lengua tiene que ver con el hecho de que hay inconsciente, y resulta difícil salir de este hallazgo sin antes recorrerlo cuidadosamente.

Por eso no lo descartamos, sino por el contrario lo utilizamos, aun cuando en el recorrido propuesto no estemos en condiciones de realizarlo.

Si el tema de la salud y del desarrollo mental se confrontan en dos sociedades virtualmente responsables, donde se realiza el estudio y la observación de los problemas en un mundo de cambios profundos para el bienestar real, es posible que el individuo se sienta a su vez co-partícipe de esa responsabilidad. Pero si la confrontación a que aludimos se hace entre sociedades diferentes, donde el Estado representa la irresponsabilidad y da lugar de privilegio a la fatalidad de acontecimientos irreversibles, entonces el individuo se identifica con el "sálvese quien pueda", que es a su vez, la negación de la individualidad. Estos posibles enunciados, que determinan discursos diferentes, u opuestos, son parte de las reflexiones de D. Cooper⁷ en las páginas de "La muerte de la familia". Si la pregunta por la muerte parte como la enfermedad o la salud del centro de una función total, entonces la vida, la muerte para salvar la revolución, la enfermedad, rompen la visión convencionalista. Guardar la vida propia, como la salud propia, es afirmar su pérdida definitiva, es el miedo de perder en cualquier momento como Harpagón. La singularidad pierde curiosamente su espacio. Pero en la generosidad, en la posibilidad de dar la vida por la revolución, allí la vida cobra los caracteres de lo distinto, darse para algo que no es ambiguo como es el darse de cada miembro de la familia tradicional.

Este concepto de la familia tradicional está literalmente peleado con la posición que señala David Cooper, porque su objetivo es denunciar que los medios a que estamos habituados defienden el enun-

⁷ David Cooper, **La muerte de la familia**. Barcelona, Ediciones Ariel, 1980.

ciado “la familia es la que te quiere”, con el objeto de neutralizar el modo personal de afirmación y dar rienda libre a la gran protección definitiva, pariente de la seguridad, del egoísmo.

La muerte de la familia tradicional es la desaparición del reinado del enfermo, del ganador, del consumista, materia de los medios de comunicación en nuestra sociedad.

El trabajo de los medios de comunicación, como el de la familia tradicional entraña siempre un doble mensaje. Por esto recurrimos a otro libro de David Cooper⁸ en el que trata el tema de la esquizofrenia como la maniobra de doble vinculación a partir de la cual el individuo que se siente enfermo o confuso o es detectado así por los demás, vive internamente algo que exterioriza a través de un lenguaje incomprensible, donde la lógica corriente ha perdido su lugar.

Las experiencias señalan que al recibir este doble mensaje, el paciente manifiesta confusión interna y luego se exterioriza como una persona embrollada o en un esquizofrénico.

En su aspecto lógico, este doble vínculo estaría refiriéndose a una lógica lineal, propia de los sistemas físicos, impuesta por los padres, mientras que la interacción personal requiere de una dialéctica, el sujeto puede querer y no querer al mismo tiempo. Un joven que quiere independizarse revela una autonomía que está reñida con la estructura familiar que hasta ese momento lo mantuvo integrado. Esta necesidad es vista como peligro y mientras no se manifiesta abiertamente incluida en otra lógica tan férrea como la familiar, sucumbe entre las garras de la “enfermedad”, que le asignan los padres.

El ejemplo que refiere en el libro “Psiquiatría y antipsiquiatría” es el de un joven, cuyos padres le piden que rememore un incidente de la vida familiar que haya gravitado en él. Pero la voz, la ansiedad del mensaje, tienen significado opuesto.

Otra vertiente que hemos seguido en esta búsqueda motivada por el tema, la encontramos en ciertos estudios realizados por Emile Benveniste.⁹ Benveniste habla de las categorías de pensamiento y categorías de lengua. El lenguaje en cuanto es hablado, es empleado para transportar lo que queremos decir. Pero lo que así llamamos es un contenido de pensamiento harto difícil de definir en sí, como no sea por caracteres de intencionalidad o como estructura psíquica, etcétera. Este contenido recibe forma cuando es enunciado y sólo así. Recibe forma de la lengua y en la lengua. La forma lingüística es, pues, no solamente la condición de transmisibilidad sino ante todo la condición de realización del pensamiento.

¿Podría caracterizarse al pensamiento como lo hacemos con la lengua? Benveniste aborda el tema por las categorías lógicas. Para ha-

⁸ David Cooper, *Psiquiatría y antipsiquiatría*. Buenos Aires, Locus Hypocampus, 1976.

⁹ Emile Benveniste, *Problemas de lingüística general I*. Siglo XXI.

cer esta investigación, el autor reproduce la lista de categorías aristotélicas y resulta que Aristóteles da un cuadro de las condiciones generales y permanentes que es la proyección conceptual de un estado lingüístico dado. El autor que citamos hace incursiones por otras lenguas de configuración antigua y concluye que ellas pueden integrar nuevas ideas.

En síntesis, el pensamiento está ligado —dice— a las capacidades de los hombres, a las condiciones de la cultura y sociedad más que a la naturaleza de la lengua. Sin embargo, la posibilidad del pensamiento está vinculada a la facultad del lenguaje, pues la lengua es una estructura informada de significación y pensar es manejar los signos de la lengua.

Otro artículo de Benveniste en el mismo tomo se refiere a observaciones sobre la función del lenguaje en el descubrimiento freudiano. El psicoanalista opera sobre lo que el sujeto le dice, y a través de este discurso se configura lentamente para él otro discurso, sepultado en el inconsciente. Así, de uno a otro, el proceso entero es operado por mediación del lenguaje. Lenguaje que obedece a símbolos aprendidos, como el mundo y la inteligencia. Lenguaje y sintaxis que no se separan del sujeto. Pero los símbolos inconscientes no están unidos por ninguna exigencia lógica. Sólo conocen, según Freud, la sucesión o causalidad. Esta simbólica inconsciente utiliza símbolos cuya relación dinámica señala una motivación constante: la realización de un deseo reprimido.

Se habla porque se desea, si se tiene ya no se habla. La historia de los amantes dice que, si fueran uno, ya no hablarían. El deseo se habría unido a su significado.

También D. Cooper hace referencia al deseo, afirma en “La Muerte de la Familia” (p. 164) que la revolución en el único sentido aceptado y viable, comprende un divorcio tanto externo, —social-masivo— como interno, —personal-privado— de todas las maquinaciones de la sociedad capitalista-imperializante. Significa más que una simple infiltración reformista en los medios de comunicación social o estratégicamente planeado, pero auténtico y hábil reformismo en la región de la vida estudiantil. Significa una clara puesta en acción de nuestros deseos que pueden arriesgar nuestra vida si no somos capaces de arriesgarnos a unirnos a nuestra muerte.